



COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 1678

Del Académico Correspondiente en Andolsheim
(Francia), don Georges Galopa, acerca de

EL BAILE DE LOS PEQUEÑOS LECHOS BLANCOS

Señor Presidente:

El 5 de febrero de 1929, es decir, apenas cuatro meses antes de su primer paso por el desaparecido teatro Fémina de París, que se situaba a la altura de la glorieta de Champs Elysées, Carlos Gardel se presentaba en la Ópera de París para el “baile de los pequeños lechos blancos”, una velada de beneficencia donde compartía cartel con las estrellas más prestigiosas de París, como Mistinguett, Maurice Chevalier, Lucienne Boyer o Raimu. La orquesta argentina de Manuel Pizarro, instalada desde los años 20 en esa ciudad, acompañó al cantor, quien fue ovacionado y presentado al Presidente de la República, Gaston Doumergue. Si se quiere comprender la importancia de este hecho en la vida artística de Gardel, conviene ubicarlo en el contexto de su época.

El “baile de los pequeños lechos blancos” fue creado en 1918 por Léon Bailby, periodista y director del periódico *L’Intransigeant* y luego del diario *Le Jour*, en beneficio de los niños tuberculosos. Tenía lugar anualmente en la Ópera Garnier y reunía a las más grandes estrellas del espectáculo parisino. En su artículo del 6 de febrero de 1929, *Le Figaro* relataba en sus columnas, bajo el título “El baile de la Ópera”, que, durante la cena de gala que precedió al baile de los pequeños lechos blancos, el cual reunía a “la élite de París y las más grandes celebridades mundiales presentes en la capital”, graciosas jovencitas distribuyeron 2000 pares de medias de seda Marny, presentadas en su bonita muñeca firmada por el talentoso Gerbs.

Esta distribución, que apuntaba a promover la industria francesa del lujo, tuvo lugar en la Rotonda de la Ópera, una sala ricamente adornada de esculturas, mármoles y mosaicos que en otro tiempo había sido un espacio central del teatro utilizado por los abonados para dirigirse a la sala. Sobre la escena de la Ópera se había instalado, a tres metros de altura, el “puente de plata”, donde se exhibían las estrellas. Para Carlos Gardel, que triunfaba hacía varios meses en el cabaré Palermo, era una verdadera consagración.

Después del paso de Gardel, el baile de los pequeños lechos blancos continúa su curso. En 1934 compartían cartel la infatigable Mistinguett, Marlene Dietrich, Jeanne Harlow, Madeleine Renaud, Gaby Morlay. El afiche estaba ilustrado por Mariette Lydis, quien más tarde se instaló en Buenos Aires, donde hizo una donación de sus obras al museo Sívori. Lydis murió allí en 1970, y sus restos reposan en el cementerio de la Recoleta.

En 1936 el baile tuvo lugar en el Palm Beach de Cannes, así como en 1939, para el primer festival internacional de cine, que contó con la presencia de Gary Cooper, Mae West, Tyrone Power y Douglas Fairbanks. Esa noche, sombrío presagio, se desató una gran tormenta. Al día siguiente, la declaración de guerra interrumpió las celebraciones. Luego, el baile vuelve a París, con Edith Piaf en 1947 y Salvador Dalí en 1959. En 1961 se realizó a bordo del transatlántico France. En 1968, para su cincuentenario, el correo francés imprimió una estampilla conmemorativa.

Después, con la mengua de la tuberculosis, la importancia de esta manifestación empalideció, y, tras algunos pasajes por el exterior, dejó de existir hacia finales de los años 70. En nuestros días, el concepto ha cambiado, y otras obras de beneficencia, como el Teletón o “Los restaurantes del corazón”, se desarrollan a través de los medios. Pero siempre se hace una convocatoria a las estrellas para animarlos, y, si Carlos Gardel estuviese entre nosotros, estoy seguro de que su espíritu generoso lo impulsaría a ayudar a sus hermanos aquejados por enfermedades o damnificados por catástrofes: cuando interpreta *Sus ojos se cerraron*, nos conduce al fondo de la aflicción humana y nos vuelve atentos al dolor de los otros.

Andolsheim (Francia), 30 de noviembre de 2010

GEORGES GALOPA
Académico Correspondiente